

# *Al sur del Peloponeso*

*Dolores Payás*

Noventa y cinco años. Británico. Una de las biografías más atractivas del siglo veinte (y parte del veintiuno). Autor de culto. Calificado por algunos como el mejor prosista vivo en lengua inglesa. Héroe de la legendaria resistencia cretense, ciudadano honorífico de Grecia. Trotamundos estoico, aventurero feliz. Espléndido vividor, templado hombre de acción. Escritor opulento, también delicado y poético. Tertuliano de primera, fino humorista, gran *charmeur*. Y un perfecto gentleman de la cabeza a los pies.

El somnoliento pueblo que desde hace casi cincuenta años cobija a este compendio de gracias tiene alma olímpica y no se inmuta. Aquí, Sir Patrick Leigh Fermor es sencillamente “*Kirios Michális*”, el habitante más querido del sur del Peloponeso y, desde luego, propiedad absoluta de sus conciudadanos. Son ellos quienes le cuidan, arropan y protegen. Y pobre del incauto turista que llegue blandiendo uno de sus libros con la pretensión de conseguir una firma. El pueblo entero se le cerrará como un mejillón y cada uno de sus amables anfitriones se transmutará en feroz guarda pretoriano.

El indoloro cambio de Patrick a *Michális* aconteció en los escarpados peñascos de Creta. “Mis compañeros de armas se atrancaban con Patrick y siempre acababan llamándome Petros. Cuando supieron que mi segundo nombre era Michael quedó zanjado el tema”. Habla de su época de guerrillero clandestino con ligereza y es imposible hacerle entrar en aguas más profundas. Nunca ha existido héroe menos jactancioso. Sin embargo, cuando Creta cayó en manos de los alemanes él permaneció en la isla un año y medio viviendo en cuevas escondidas por las montañas. Era el oficial que coordinaba los grupos de la resistencia y bajo su mando se llevó a cabo la operación más sonada de la resistencia: el secuestro del alto mando alemán de la isla.\* (1)

Estamos perezosamente acampados en los cojines de su rincón turco, una galería cerrada con bancos bajos que cuelga sobre un despliegue de azul. Es un mediodía radiante y luminoso de octubre. El gran salón está abierto de par en par. El tiempo nos acuna y el mar, hoy un lapislázuli esmaltado, parpadea, tentador, desde ventanas, balcones y terrazas colgantes. Es raro hallar tanta belleza, armonía y vigor en un mismo hogar. Me cuenta su historia mientras le preparo la segunda bebida del día. “Después de tanto vagabundeo, entrábamos ya en la

cincuentena, mi mujer, Joan, y yo decidimos establecernos. Y eso sólo podía ser en Grecia. Conocíamos la zona y un día dimos con este rincón apartado y salvaje”. Salimos al jardín, contemplamos el terreno donde se asientan la casa, una minúscula península llena de olivares que desciende hacia el mar en plataformas punteadas por erguidos cipreses. “Es la Grecia de Homero”, suspira, ensoñador. Imposible contradecirle. Volvemos al salón y su mano roza el mármol de la mesa principal. “Exactamente aquí plantamos nuestras tiendas y en los dos años siguientes construimos a su alrededor. No había agua ni electricidad, ni siquiera carretera, traíamos el material en mulas. A los dos nos apasionaba la arquitectura y en la tarea pudimos dar rienda suelta a la afición”. El resultado es extraordinario, un paraíso de sencillez y refinamiento rodeado de Mediterráneo. Desde una esquina del jardín arrancan unas discretas escaleras de piedra que caen en picado hasta desembocar en una bellísima cala, resguardada entre cipreses y tierras de color caldero. Era su lugar de baño favorito. Poco antes de que Joan muriera -en 2003, a los noventa y un años-, aun se podía ver a la pareja descender lentamente por las empinadas escaleras, cada uno con su bastón. Se acercaban a la orilla y allí sucedía el milagro: arrojaban los báculos entre los suaves cantos rodados, se lanzaban al agua y en el medio acuático recuperaban la agilidad de sus años mozos. Ambos habían sido grandes nadadores, y Paddy\* (2) celebró su 69 años cumpleaños cruzando a nado el Helesponto.

La jornada del escritor empieza temprano y en su estudio, una habitación aislada en el jardín. El interior es un estupendo desaliño, un caos de papeles, plumas, libros y periódicos desparramados por doquier. La mesa está atestada de notas. Aquí trabaja en el tercer y último volumen de la trilogía de Constantinopla. Los dos primeros le catapultaron a la fama cuando ya tenía una respetable edad. “Fue una agradable sorpresa”, asume sin afectación “y llegaron unos cuantos peniques, que siempre son bienvenidos...”. Su viaje a pie desde Londres a Constantinopla, poco antes de que empezara la Segunda Guerra, cuando sólo tenía dieciocho años, es mítico y uno de los hitos de la literatura de viajes, aunque el término le irrite. “Un escritor es un escritor, y si además viaja es un escritor que viaja”. En cualquier caso, fue un peregrinaje extraordinario que él transformó en suntuosa obra literaria décadas más tarde. Sigue en ello. Le pregunto donde anda en estos momentos. “En Bulgaria y con tres cuartas partes del libro listas, pero encontrar las notas después de tantos años es arduo. Además, sigo escribiendo a mano y mi letra es indescifrable; compadezco a mi futuro transcriptor”. Lo de su letra es una broma recurrente, también lo son las innumerables máquinas de escribir, regaladas por amigos solícitos, que nunca usará. Volvemos al libro “He cambiado de opinión. No terminará en Constantinopla sino en Grecia, siguiente etapa del viaje. El mio fue un viaje iniciático, buscaba una nueva vida. Y la encontré aquí. Justo es, pues, que mi trilogía concluya

aquí". Abre los brazos y abraza la mayor cantidad posible de aire griego con ellos. Tuvo su primer contacto con el mundo helénico a los veintiún años y asegura que aún no se ha recobrado de la conmoción. Del amor que tiene a este país y a sus habitantes dan buena fe su vida cotidiana, su ciudadanía y dos espléndidos libros.

Hacia el mediodía hay una pausa. A menudo viene algún amigo o vecino. Le agrada recibir y lo hace de modo delicioso. Ni edad ni achaques han conseguido hacerle renunciar al alcohol aunque va suavizando su graduación. Y si el año pasado bebíamos vodka y tonic, éste tomamos juicioso Campari con soda. El chispeante vino blanco de la región es inexcusable a lo largo del *lunch*. Por la noche nos pasamos al tinto, también local. Elpidas, la chica que le lleva la casa, es una cocinera estupenda y le adora. Combinación peligrosa, cada comida es un banquete. Cocina tradicional nadando en litros de aceite de oliva. De la casa, y ahí no hay modestia que valga: "Me siento enormemente orgulloso de mi aceite de oliva", proclama con gesto de propietario. Come de todo y en cantidades sorprendentes (un desafío para la medicina: 95 primaveras a dieta diaria de moussaka y similar, queso frito y pasteles de hojaldre rellenos de piñones y bañados con miel). Después del café, siesta en los cojines de la galería. Por la tarde, vuelta al trabajo y hacia las siete de la tarde reinicio del ciclo social.

Le he traído los ejemplares de sus dos obras recientemente publicadas en español. "Mani", maravillosa exploración por la remota península que acabó siendo su hogar. Y "Un tiempo para callar", sugestivo texto, poético y delicado, que narra sus temporadas de reclusión, a finales de los años cuarenta, con los monjes benedictinos y trapenses. Coge los dos volúmenes con infinito cariño. Los acaricia, abre y cierra. Le gusta la portada de "Mani", alaba las ilustraciones arquitectónicas de "Un Tiempo para callar". Entretanto, recurrimos a toda clase de ayudas: lupas, gafas de diversos tamaños, lentes y colores. El oftalmólogo le ha recomendado taparse de vez en cuando el ojo izquierdo y ha resuelto el asunto rápida y jovialmente: usa un parche negro con la tibia y las calaveras de los piratas. Hablamos de España. "Barcelona es una de mis ciudades favoritas. Recuerdo un servicio religioso en una bellísima iglesia gótica, por encima de nuestras cabezas volaban los murciélagos. No soy religioso" especifica, "pero siempre me ha gustado la teatralidad de la Iglesia de Roma". Enmudece un segundo. "Pregueu, germans", exhala a continuación. Salto en mi cojín.; le ha salido un acento catalán impecable. Paddy tiene un don natural para las lenguas, a las que ama con pasión. Su francés es impoluto, domina el alemán, el griego antiguo y el demótico. Y en cuanto al español, en una memorable cena amenizada con rios de vino nos deleitó recitando, de cabo a rabo, "La guitarra", de Garcia Lorca. Luego llegaron las explicaciones "Después de la guerra estuve enfermo y pasé varios meses en un hospital. Mi enfermera era española"

¿Guapa?, pregunté, y me lanzó una mirada irresistible.

Es inquisitivo y curioso, todo le interesa. Esta vez me acribilla a preguntas sobre los orígenes del catalán. Y luego, “Háblame en catalán”. Ladea la cabeza, acerca un oído y escucha atentamente. Afirma, complacido, entiende casi todo. Pero no me da tregua, “ahora cántame una canción catalana”. Salgo del aprieto lo mejor que puedo, por suerte me toma el relevo. Acaba de recordar una vieja melodía de music-hall sobre Barcelona. La cantaba su padre a principios de siglo (XX) y me tararea un par de estrofas con un castañeteo de dedos y un brillo malicioso en los ojos. La canción se traduciría en algo así como “soy uno de los que está loco por visitar Barcelona tra la la”. La desconozco. “A ver si me la encuentras, la cantaba media América y todo Inglaterra”. Se ríe cuando le explico, algo sombríamente, que un siglo después volvemos a encontrarnos en el mismo punto: todos están locos por visitar Barcelona.

A Paddy le gusta la compañía femenina. Siempre fue un hombre muy bien parecido, ahora es un nonagenario atractivo lleno de carisma. Recordamos a Joan, su compañera y esposa durante más de medio siglo. Era bella, inteligente, maravillosa y querida por todos. Su muerte le supuso una amputación grave que sobrellevó sin hacer el menor aspaviento. Desde entonces vive sólo, la puerta de la casa siempre abierta, los gatos entrando y saliendo a su bendito aire. Hay algo inmensamente digno y admirable en este hombre irreductible que asiste a su propio declive con una elegante y distanciada sonrisa. Y lo hay en su orgullo intacto, en la feroz y voluntaria autonomía. Cuando lo veo atendiéndonos alegremente, acercando una gigantesca lupa a sus cuadernos de notas, o cargando con dificultad el cartucho de tinta de su pluma, se me ocurre que sigue siendo el mismo luchador, arrojado y valiente, que brincaba por las altivas cumbres de Creta. No hay banalidades en esta vida; ni televisores, ni móviles. De vez en cuando lee algún periódico y con su vieja flema inglesa -que la inmersión helénica no ha conseguido borrar- califica las noticias de “bastante irritantes, en conjunto”.

Es tarde. Le beso y me levanto. Mientras preparo mis cosas abre “Un tiempo para callar” y se coloca el parche de pirata en el ojo. Es un gran actor. Y así, con este adorable aspecto de bucanero bribón y un español perfectamente pulido me despide: “ Subí la colina desde la carretera de Rouen hacia la abadía de saint Wandrille con curiosidad y recelo.....”

Ya en la puerta, me doy la vuelta. Agita el libro y me manda un último y sonriente beso: “Vuelve mañana, tenemos tantas cosas de las que hablar...”.

*Ref. de los libros recién publicados:*

*“Mani”. Editorial Acantilado*

*“Un tiempo para callar”. Editorial Elba.*

- (1). El secuestro del general Kreippe. Stanley Moss, compañero de armas de Leigh Fermor, narró la gesta en su libro "Ill met by moonlight". Michael Powel llevó la misma historia el cine, con idéntico título y con Dirk Bogarde en el papel del escritor.
- (2). Paddy es el nombre familiar, pero también literario, con que se conoce al escritor.